

MONIQUE SELZ

# EL PUDOR

Un espacio de libertad

EDICIONES SÍGUEME

SALAMANCA

2018

A Gabriel y a Mikhael

- © Traducción de Mercedes Huarte Luxán  
y Fernando García-Baró Huarte  
sobre el original francés *La Pudeur, un lieu de liberté*
- © Buchet Chastel, un département de Meta-Editions, Paris 2003
- © Ediciones Sígueme S.A.U.  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1997-4  
Depósito legal: S. 178-2018  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

INTRODUCCIÓN .....	9
1. UN TEMA MUY ACTUAL .....	17
1. La sociedad de consumo .....	30
2. La desaparición del espacio de la palabra .....	33
3. Los extremismos religiosos .....	37
2. UN RASGO DE HUMANIDAD .....	45
1. Estudio etimológico .....	45
2. El cuestionamiento filosófico .....	51
3. El punto de vista del derecho .....	64
4. Perspectiva antropológica .....	84
3. DE UNO MISMO AL OTRO. UNA APUESTA DE LIBERTAD .....	93
4. EL MANDAMIENTO DEL PUDOR .....	127
CONCLUSIÓN .....	147

## INTRODUCCIÓN

¿El pudor? ¿Cómo le puede interesar todavía a alguien este valor antiguo, pasado de moda? No solo parece absolutamente caído en desuso, sino que además, en los pocos momentos en que se manifiesta, casi siempre se convierte en objeto de burla. ¿Por qué entonces centrarnos en él, cuando se hace cualquier cosa para reforzar el convencimiento, compartido por todos, de que el pudor ya no forma parte de nuestra vida cotidiana y de que es bueno que sea así?

La primera razón podría ser precisamente esa: desconfiemos de las evidencias que ya a nadie se le ocurre ni siquiera cuestionar. El anacronismo aparente de dicha pregunta justifica plenamente que nos detengamos a hablar del pudor.

Que una mujer inicie una reflexión sobre este tema no es un hecho neutro. El puritanismo del siglo XIX hizo del pudor una «virtud femenina», asegurando de esta manera el po-

der masculino del cabeza de familia y, por lo tanto, la estabilidad de la célula familiar. Pero la segunda mitad del siglo XX, la de los años de la lucha feminista y las transformaciones sociales que vinieron a continuación, modificó profundamente las relaciones entre hombres y mujeres. Por ello cabe suponer que en nuestra época, conocida como la de la mujer liberada y la de la igualdad de los sexos, sin duda un hombre no abordaría el tema del pudor de la misma manera que una mujer.

Que esta mujer sea, además, psicoanalista, tampoco es en absoluto indiferente. Si bien la noción de virtud orienta lógicamente hacia la del juicio moral, o incluso religioso, un psicoanalista no es un moralista. La experiencia de la vida, adquirida escuchando a muchos pacientes, conduce a considerar que los comportamientos individuales o colectivos deben ser pensados no con respecto a la moral, sino en función de los aspectos que facilitan o inhiben las posibilidades de estructuración del sujeto, con el objetivo de adquirir los medios para vivir de manera más satisfactoria uno mismo y con los demás.

Pero un psicoanalista también es, al mismo tiempo, un ciudadano y su práctica no se puede aislar del mundo en el que la ejerce. Respecto de este punto, considero que el psi-

coanálisis es siempre y ante todo una práctica que se inscribe en lo social. Por este motivo, pienso que, aunque como intelectuales y clínicos no podemos apropiarnos del cuerpo conceptual analítico para enunciar cualquier *Weltanschauung* (término usado por Sigmund Freud que significa «visión del mundo»), sin embargo resulta imperativo, de cara a nuestros contemporáneos, que nos comprometamos de verdad con respecto a los efectos sociopolíticos que nuestra práctica implica y que ayudemos a pensar ciertas situaciones actuales. Estamos, en efecto, en una posición absolutamente privilegiada para aclarar numerosos datos concernientes al mundo y a la sociedad en los que vivimos. Intentar dar cuenta de ello se ha convertido a día de hoy en una urgencia ética, y reflexionar sobre el pudor me ofrece la oportunidad de hacerlo.

Debido a mi formación sucesiva en medicina, psiquiatría y, por último, psicoanálisis, estoy especialmente sensibilizada respecto de las manifestaciones actuales de sufrimiento. Estos tipos diferentes de prácticas clínicas me han convencido de que ninguna práctica terapéutica se puede concebir sobre un individuo aislado. Se ha acusado con frecuencia al desarrollo de las ideas ligadas al psicoanálisis de favorecer la evolución hacia un mayor indi-

vidualismo. Ahora bien, aunque es cierto que las teorías psicoanalíticas siempre han insistido en la importancia que reviste para el sujeto construir sus propios límites con el objetivo de adquirir una autonomía personal, también hay que subrayar hasta qué punto ponen de relieve todas las cuestiones que afectan a las relaciones con el otro y con los otros. Para estar bien con los demás es absolutamente necesario estar bien con uno mismo, y viceversa. Se trata esencialmente de permitir al sujeto encontrar los medios para aceptarse a sí mismo como individuo y como miembro de una colectividad, de una sociedad. De ahí mi interés por el pudor: pienso, en efecto, que el tema central del pudor es la alteridad, su puesta en marcha y las condiciones que la hacen posible, habitable, duradera y fructífera.

Suele decirse, o por lo menos pensarse, que el pudor está asociado con el ámbito de la sexualidad; es un malestar, sincero o fingido, provocado por cosas que se ven y no deberían verse o que uno muestra contra su voluntad. En el primer caso, quien experimenta el pudor es el que ve; en el otro, el que muestra. Sin embargo, en primer plano se sitúa siempre la mirada: se ha visto algo que no debería haberse visto. Se concibe, desde luego, que lo primero que debe taparse es el cuerpo, y en

especial las partes sexuales. El pudor plantea, pues, la cuestión de la mirada sobre la desnudez. Pero su alcance se extiende a las prácticas sociales y entonces se plantea la cuestión de los convencionalismos, las buenas o malas costumbres, la educación y la hipocresía ligada a esta, y las artimañas relacionadas con lo referente a la decencia... A partir de esto se ponen en tela de juicio la sensualidad, la seducción, el erotismo e incluso la pornografía y la prostitución.

Esto concierne asimismo a la estética, y los interrogantes se orientan hacia el arte, tanto hacia la pintura y la escultura como hacia la fotografía y la danza... es decir, hacia todo lo que es susceptible de mostrar el cuerpo, parcial o totalmente. En su tiempo algunas obras pictóricas plantearon muchas cuestiones sobre el pudor y llegaron a provocar escándalos en función de la época y de lo que se consideraba decente o indecente en ese momento. Vienen a la memoria los frescos pornográficos de Pompeya; *La expulsión de Adán y Eva del Paraíso*, de Masaccio, hacia 1425; *El nacimiento de Venus*, de Sandro Botticelli, hacia 1482; *La embriaguez de Noé*, de Giovanni Bellini, hacia 1515; *El origen del mundo*, de Gustave Courbet, en 1866; *Dora y el Minotauro*, de Pablo Picasso, en 1936...



Los estudios históricos, sociológicos y antropológicos, por su parte, parecen demostrar que en todos los tiempos y en todos los pueblos se encuentra la misma regla que prohíbe exhibir ciertas partes del cuerpo, casi siempre las mismas, so pena de incurrir en una grave inconveniencia. El pudor parece así plantear la cuestión sobre el control de las pulsiones sexuales.

Sin embargo, no nos podemos limitar a este aspecto. A día de hoy, cuando reina, en apariencia, una sexualidad liberada de las trabas del conformismo y de la educación burguesa —considerada responsable de las neurosis—, debemos constatar que la ausencia de pudor se extiende a muchas otras cosas además de a las relaciones sexuales. Afecta a las relaciones entre los seres humanos en un plano general y, por extensión, concierne también de manera simbólica a todo lo referente a las relaciones entre los seres.

San Agustín, en *La ciudad de Dios*, busca con qué propósito se habría originado el pudor humano: ¿Se trata de proteger las partes más vulnerables del cuerpo? ¿De no desencadenar de forma incesante el fuego del deseo y los desórdenes que acarrea? ¿O quizá de esconder las partes del cuerpo que no están sometidas a la voluntad del hombre? No será

mi propósito fundamental dar respuesta a estas preguntas. De hecho, cualquiera que sea su origen, lo que importa sobre todo es que consideremos que pretender prescindir del pudor constituye un desafío cuyos efectos nefastos estamos obligados a constatar, ya que mi hipótesis es que el pudor determina un límite entre los individuos y da testimonio de la existencia de un lugar interno en el sujeto que es condición de su libertad, es decir, de su realización individual en la colectividad.